

DOMINGO II DE CUARESMA (C)
Homilía del P. Bernabé Dalmau, monje de Montserrat
24 de febrero de 2013
Gén 15,5-12.17-18 / Fil 3,17-4,1 / Lc 9,28 b-36

Queridos hermanos y hermanas,

Cada año, en el segundo domingo de Cuaresma es proclamado el Evangelio de la Transfiguración del Señor, anuncio y preguŕstación del triunfo pascual de su Resurrección. Jesús se muestra glorioso a tres apóstoles escogidos. Lo hace para confortarlos en el camino que les espera, del que ha sido un símbolo la fatiga de la subida a la montaña. Esta subida les ha de servir de entrenamiento para la prueba de la pasión y muerte, el llamado tránsito o éxodo que Jesús llevará a cabo en Jerusalén, y que en la cumbre de la montaña él mismo lo comenta con Moisés y Elías, aparecidos también gloriosos.

La subida ha sido fuerte. Ha sido dura, como puede serlo para nosotros la Cuaresma, si nos la tomamos como debe ser: un entrenamiento intenso en nuestra identificación con Jesucristo. Esta dureza se corresponde con la travesía del pueblo escogido hacia la tierra prometida, se relaciona con todas las durezas con que, cristianos y no cristianos, topamos a lo largo de la vida, en nuestro desarrollo personal y en nuestra vida como miembros de la humanidad, de un país, de una sociedad, de una Iglesia.

Estas asperezas -materiales o espirituales- nos preocupan, precisamente porque cuesta ver el final del túnel. No podemos exclamar fácilmente: "Hemos llegado a la cima". Y hoy, en que nuestra eucaristía tiene la singularidad de la presencia de la llama de la lengua catalana, que reivindica el respeto al derecho elemental de emplearla, toman viveza las palabras que el poeta escribía (Joan Alavedra) y el maestro musicaba (Pau Casals):

“Que en són, de pesats,
els pendants sobtats
d’aquestes muntanyes!
Quan s’acabarà
tan llarg caminar
per terres estranyes!”

Es la exclamación de los exiliados que anhelaban el regreso a la patria en los grises inviernos de los años 40 en Prada de Conflent, donde ha sido encendida la llama de la lengua. Toda travesía de desierto resulta un largo caminar, precisamente porque el paisaje es extraño, no resulta familiar. Benedicto XVI, al abrir el Año de la fe, decía que ha aumentado la "desertificación" espiritual (Homilía del 11 de octubre de 2012 en la inauguración del Año de la fe). Y para nosotros, a la crisis económica, a la crisis institucional después de que el pueblo catalán hizo oír su voz el pasado septiembre, sigue ahora una época de convulsión, donde por todos lados sale a la superficie la ausencia de valores que escondía la más absoluta falta de honestidad.

La "honestidad de las costumbres públicas" que el obispo Josep Torras i Bages pide a la Virgen de Montserrat en su Visita Espiritual adquiere más que nunca actualidad en la vida social de nuestro entorno. Nos sentimos un poco extraños en nuestra casa, y eso no puede ser. Es necesaria una reorientación. Hay que ser conscientes de la "desertificación" espiritual en nuestro país y en nuestro mundo globalizado, y poner remedio desde nuestra responsabilidad de cristianos.

No sabemos cuándo acabará tan largo caminar, pero la Cuaresma no nos encierra en la jaula de cristal de una falsa liturgia, sino que, de la mano del Señor que combate y triunfa en el desierto y arrastra a los discípulos al monte de la Transfiguración, asumimos el dolor de nuestro mundo, de nuestro país, de nuestra Iglesia, e intentamos transmitir la confianza que sólo nos viene de la resurrección de Jesucristo.

Por eso necesitamos saber valorar todos los gestos y testimonios de serenidad cristiana que vemos en nuestro entorno. En esta situación histórica insólita de final de pontificado del papa Benedicto podemos reconocer un gesto de libertad y de escucha de la voz de Cristo que nos habla de tantas maneras.

También nos ha hablado, durante ocho años, a través de su ministerio, y ahora podríamos decir que lo hace a través de su testamento que son las alocuciones de estos últimos días. Tan sólo en una semana de febrero ha tomado en dos ocasiones, ((Homilía del 2 de febrero de 2013 y Lectio divina con los seminaristas de Roma el día 8), el lenguaje de Juan XXIII para recomendarnos que no nos dejemos impresionar por los "profetas de desventura" que, como los buitres de la primera lectura que Abraham espantaba, hay que ignorar para que la ofrenda de nuestro compromiso cristiano llegue íntegra a Dios. Así, al término del largo caminar por tierras extrañas podremos entonar el "Gloria a Dios en el cielo", tal como haremos la noche de Pascua al acabar nuestro caminar cuaresmal.